

Imaginar lo que viene después de la crisis

Angel de la Vega Navarro ··

“Lo único que hay que imaginar es lo que no existe”, escribió Elena Garro¹. En eso se encuentra el interés y la dificultad de los trabajos que intentan imaginar el período post-crisis: el punto de partida es necesariamente lo que existe, tanto para la crítica como para las propuestas. Sin olvidar que la imaginación abre inevitablemente la puerta a la utopía, cuando menos si se habla de construir otro mundo.

La imaginación está en el título y en el contenido de un libro coordinado por dos personalidades del mundo universitario de Québec, Jean-François Lisée, investigador y director del Centre d'Études et de Recherches Internationales

de l'Université de Montréal (CERIUM) y Éric Montpetit, profesor del Departamento de Ciencias Políticas de esa misma universidad. De entrada, un punto importante: este libro fue pensado y escrito en América del Norte, pero no en un entorno anglosajón, sino en la Universidad de Montreal, en donde se reunieron autores: “independientes de espíritu, (...) anclados en la izquierda (...) que comparten una misma voluntad de hacer un mundo más justo, más equitativo, más sustentable”.

Existen sin duda enfoques y sensibilidades particulares cuando se observan los acontecimientos bajo los ángulos y perspectivas que ofrece el “observatorio Québec”. Permiten concretamente imaginar nuevos acercamientos e interrelaciones, como dice **Pascale Dufour** (“Gouvernance internationale et sortie de crise : la victoire des altermondialistes”), cuando llama a “evaluar de manera completa los cambios que han tenido lugar en

* Jean-François Lisée et Éric Montpetit (Dir.), *Imaginer l'après-crise*, Éditions Boréal, Montréal 2009, 276 p.

·· Facultad de Economía, UNAM y premier titulaire de la Chaire d'Études du Mexique Contemporain à l'Université de Montréal (2006).

¹ “Lo único que hay que imaginar es lo que no existe”, Elena Garro, *Los recuerdos del porvenir*, Novelistas contemporáneos, noviembre 1963.

ciertos países de América Latina estos últimos años” y considera que esas “transformaciones nacidas en esos países van a difundirse en el continente y eventualmente tener un impacto sobre los modos colectivos de decisión”.

Este libro parte de dos tipos de crítica: teórica y político-social. El objetivo de ésta última son las consecuencias e implicaciones que el desarrollo globalizado tiene sobre los países y sobre los grupos sociales, en particular desde el estallido y la propagación de la crisis. Las dos son indispensables para, como dicen los coordinadores del libro “reorganizar de manera duradera lo real, cambiar no solamente el funcionamiento sino también las lógicas de acción de la economía, para obtener una organización nueva, mejor”.

Críticas, más bien externas, a ciertos conceptos, enfoques y políticas económicas

Éric Montpetit critica en su artículo (“La crise, les

économistes et les autres”), la desviación económica que ha expulsado de la elaboración de las políticas variables esenciales que permiten tomar en cuenta la complejidad del ser humano y de la vida social. Para colmar esta carencia propone integrar las aportaciones de la psicología, la sociología, las ciencias políticas y “otras herramientas de comprensión de la actividad humana”. La lista de las posibles aportaciones interdisciplinarias podría ser interminable: el problema se encuentra en la ausencia de una crítica de la economía misma. Éric Montpetit se limita a retomar un análisis en el que George Akerlof y Robert Schiller² sostienen que la crisis actual pone en tela de juicio el postulado de racionalidad de la economía dominante, el cual expulsa de los comportamientos la confianza, el sentido de equidad, las historias que acompañan las elecciones de los agentes, etc.

² George A. Akerlof et Robert J. Shiller, *Animal Spirits. How Human Psychology Drives the Economy, and Why it Matters for Global Capitalism*, Princeton (N.J.), Princeton University Press, 2009

Estos comportamientos son tomados en cuenta por políticos, sociólogos y psicólogos, quienes adoptan desde hace mucho tiempo en sus análisis “teorías del comportamiento humano más sofisticadas que aquella sobre la cual la ciencia económica se ha apoyado hasta aquí”. Por esto, es necesario evitar apoyarse exclusivamente en esa ciencia para orientar la acción pública.

Keynes, según **Gilles Dostaller** (“Crise et sortie de crise : de Keynes au keynésianisme”), había comprendido bien la complejidad del ser humano y de la vida social, inspirándose en aportaciones de psicólogos, filósofos y sociólogos. Por ello mismo desechaba la idea de una solución universal a una crisis o que su salida podría reducirse a “la solución keynesiana”. En este sentido, la obra de Keynes no debe ser leída como una prescripción de remedios con carácter universal, sino como un diagnóstico

del capitalismo a partir del cual se pueden encontrar remedios apropiados a las causas y circunstancias particulares de sus crisis, diferentes en el tiempo y en el espacio. Ahora bien, en la crisis actual varios gobiernos han implementado políticas para reactivar las economías y no sería apropiado desdeñarlas, ya que han evitado un colapso económico mayor y han revalorizado el papel y las responsabilidades de los Estados. Para el autor, sin embargo, las preguntas se plantean ahora en un nivel más fundamental: “¿se puede considerar un más allá del capitalismo, un estado de la sociedad en el cual el problema económico habrá sido vencido?”. Según él, es en esa perspectiva en la cual se situaba verdaderamente Keynes, avizorando un futuro en el que serían necesarias pocas horas de trabajo para la producción de los bienes necesarios, en el que el problema de la escasez sería resuelto, en el que “la humanidad podría al fin dedicar su energía a fines

no económicos, al florecimiento de las relaciones humanas, a la creación y a la contemplación de la belleza, a la búsqueda de la verdad”. Una utopía keynesiana que escapa a la economía tal como la concebimos hoy en día, dominada por el dinero y la acumulación material.

Lionel Jospin llegó a ocupar en Francia el puesto de primer ministro y como político se ha distinguido por una reflexión permanente sobre los problemas de la sociedad. En la actual coyuntura, considera que el “Interrogarse de nuevo sobre los fines de la economía, es decir sobre las formas de la satisfacción, nos conduce a una reflexión más amplia de la crisis actual”. Su diagnóstico es radical: la crisis es “endógena e intrínsecamente ligada al modo de funcionamiento del sistema mismo. Salir verdaderamente de ella y evitar su renovación supone una verdadera modificación de ese sistema”, la cual debe impactar a la economía. Ésta debe “restablecer su control

sobre las finanzas. El hombre debe afirmar su dominación sobre la economía. La creación, la investigación, el saber, la producción, la solidaridad, deben ser situados en el primer rango de los valores y de las jerarquías sociales en las sociedades humanas”. Esos objetivos pueden ser alcanzados con un cambio de modelo que se sitúe en las vías del desarrollo sustentable y reprima dos aspectos perjudiciales del capitalismo financiero: la especulación y la carrera por los resultados de corto plazo que, si bien han asegurado ingresos considerables a los accionistas y a los actores financieros, han provocado desequilibrios y consecuencias graves: deslocalizaciones y cierres, desempleo, compresiones salariales, insuficiencia de inversiones que impulsen innovaciones, etc.

Las propuestas. La imaginación en acción a partir de lo que existe

“Por muy interesantes que sean los saltos en el imaginario futurista, nuestra tarea es

la de enfrentar lo urgente y preguntarnos cómo pasar de la situación actual a la del ‘capitalismo servidor’, la cual creemos es no sólo deseable, sino realizable en la década que viene”, afirma **Jean-François Lisée** (‘Le capitalisme : en sortir, le dompter ou le dépasser’). Agrega: “Por ahora, la urgencia nos obliga a intentar hacer lo máximo con los elementos organizacionales existentes”. El marco es restringido, pero se impone si la reflexión imaginativa debe desembocar en soluciones y si se piensa que la izquierda puede ofrecerlas, más allá de sus posiciones económicas y sociales tradicionales (visiones igualitarias, superación de los mercados y del capitalismo) o más allá de algunas de sus conquistas, como aspectos del Estado providencia o de mercados de trabajo más humanitarios.

En los años noventa responsables de la izquierda europea, al mismo tiempo que mantenían posiciones ideológicas

contrarias a un desarrollo capitalista desigual y depredador, clamaban al mismo tiempo su acuerdo con teorías y políticas orientadas a mercados abiertos y liberalizados. En Europa y en otros lados, como dice **Peter Graefe** (“Les stratégies de relance et la démocratisation de l’économie”): “la izquierda, en su conjunto, se ha convertido en prisionera del liberalismo (...) La idea de transformar la economía, de democratizar la toma de decisiones ha quedado en fin de cuentas bastante marginal en el discurso de la izquierda”. Eso explica en parte el declive de las izquierdas tradicionales, frente al ascenso de los movimientos sociales antiglobalización, escribe **George Ross** (“La gauche européenne et la crise, en chiffres”). Esas izquierdas a menudo han estado ausentes de los debates sobre la crisis actual, frente a adversarios que adoptaban en la crisis de manera pragmática políticas basadas en una mayor intervención del Estado y en un gasto público más

importante, deficitario incluso. “el resultado es que los socialdemócratas han perdido votos y deben encarar perspectivas de coalición más y más complejas”. A pesar de todo, nuevas perspectivas se abren a los partidos de izquierda, por ejemplo una mayor coordinación en el marco de la Unión Europea en una dirección más social y ambiental.

En esa dirección se pregunta **George Ross** “¿Acaso es posible definir políticas plausibles que podrían maximizar las ‘capacidades’ de todos los ciudadanos, como lo presenta A. Sen?”. Propone algunas que tomen en cuenta nuevas realidades de las familias, de las parejas que trabajan y que tienen necesidad de nuevos equipamientos sociales, de la flexibilidad de la mano de obra, de inversiones en el campo de la educación que abran nuevas posibilidades a los ciudadanos. En una dirección parecida, **Paul Bernard** (“Des idées d’avenir pour la gauche”), examina políticas en

el campo de la educación, la salud y el apoyo a las familias, que pueden convertirse en “políticas de inversión social”, un campo en el que Québec tiene márgenes de maniobra a partir de sus conquistas y realizaciones, pero en donde podría también innovar en campos como los servicios destinados a desarrollar el potencial de los individuos, la organización del mercado de trabajo e intervenciones redistributivas.

Lo que la izquierda no puede hacer, según este autor, es predicar “un alto masivo de la globalización”, si se propone incidir en los problemas ambientales, participar en los debates sobre la reconfiguración de las instituciones y organizaciones provenientes de Bretton Woods o en la definición de nuevas normas económicas internacionales. Podrían retomarse análisis y propuestas de las organizaciones “altermundialistas”, por ejemplo sobre el capitalismo financiero, como lo señala **Pascale Dufour**: incrementar la

regulación de la circulación de capitales y mercancías, establecer un impuesto a las transacciones financieras para frenar la especulación y para generar “fondos globales” para resolver problemas también globales, acabar con los paraísos fiscales, cuestionar a fondo las instituciones financieras internacionales. De lo que se trata, en resumen es de “poner sobre la mesa los modos de toma de decisión en el nivel internacional y la posibilidad para los pueblos del mundo de retomar el control de su desarrollo”. En ese vasto proyecto, la autora da un lugar particular a los “movimientos altermundialistas del sur”, sobre todo del continente americano, y a la acción colectiva de los pueblos indígenas, que cuestionan las soluciones puramente estatales, que proponen análisis que engloban a las crisis de civilización, a las económicas, ecológicas y democráticas y que proponen nuevos paradigmas sobre la calidad de la vida, la defensa de los bienes

comunes y más ampliamente sobre los modelos de sociedad.

Las transformaciones que concretarán la salida de la crisis no se harán sin afrontamientos y conflictos, lo cual plantea el tema de los conflictos políticos y geopolíticos, como lo ve **Peter Graefe**: tensiones recurrentes entre el capitalismo mundial y las realidades de los Estados nacionales, rivalidades entre Estados para transferir los costos de las reestructuraciones económicas, luchas entre grupos para utilizar el poder estatal y moldear en su provecho los regímenes de acumulación del futuro. El capitalismo, además, contiene ahora elementos nuevos que pueden ser vistos como peligros para la sobrevivencia de la humanidad, tal como los presenta **Jean-François Li-sée**: la catástrofe ecológica, los atentados a la biodiversidad, la mercantilización de las actividades humanas “del agua a la salud, de la cultura a

las relaciones sexuales, sin olvidar a los asalariados, reducidos a un costo como cualquier otro”. En cuanto a las propuestas, el autor examina primero proyectos revolucionarios que predicán la destrucción o la ruptura con el capitalismo y hablan de un proceso de transición hacia otro sistema. Por su parte, “considera que es un deber de los intelectuales de izquierda reflexionar seriamente sobre el postcapitalismo, al ser ese sistema, por lo menos en su forma actual, incompatible con la sobrevivencia de nuestro ambiente y con nuestro bienestar mismo”. Para concretar su preocupación, el autor examina ideas y propuestas “reformistas radicales, pero no revolucionarias” que pugnan por la transformación del capitalismo, en el sentido de despojarlo de su lugar central y de su capacidad de dañar, de imponerle obligaciones éticas y ecológicas, de frenar el crecimiento y el consumo sin obstruir la creación de riquezas y la innovación. En esa dirección se

sitúa la economía social solidaria, la cual podría desplazar progresivamente las empresas capitalistas tradicionales y encontrarse en el centro del juego económico, incluso entrando en procesos competitivos. También las propuestas sobre un control de las firmas nacionales e internacionales con una triple rendición de cuentas, económica, ambiental y social. La definición de un nuevo marco fiscal internacional sería indispensable para controlar los paraísos fiscales y transformar la fiscalidad de las firmas transnacionales: prohibición de poseer cuentas en esos paraísos, evitar que los impuestos sean pagados sobre todo por los consumidores y los asalariados. Las infracciones a las reglas de un nuevo pacto social mundial serían castigadas civil y penalmente y se establecerían regímenes jurídicos extraterritoriales.

Para J.-F. Lisée. las propuestas dirigidas a una transformación del capitalismo no deben tener como blanco único a las corporaciones o a los más ricos.

Conciernen también al conjunto de la sociedad, a través del hiperconsumo, por ejemplo. Por ello propone frenar los excesos adquisitivos que tienen repercusiones sobre los recursos y el ambiente y llegar a “una reducción neta del consumo”, la cual tendría incluso implicaciones para la medida de la riqueza. En efecto, el hiperconsumo es un componente del incremento del PIB, pero también provoca daños y devastación ecológica que, al ser tomadas en cuenta, conducen al “PIB verde”, un indicador que da mejor cuenta del progreso real de un país.

Consideraciones finales

Un buen número de las ideas y propuestas avanzadas en este libro no son completamente extrañas a quienes han seguido los análisis de la crisis y de sus posibles salidas. En él encontrarán el eco de trabajos de Michel Aglietta, Robert Boyer, Frédéric Lordon, Stiglitz/Sen/Fitoussi (informe sobre los nuevos indicadores del crecimiento), Fitoussi/Cohen

(sobre el crecimiento verde y sus potencialidades) y una amplia gama de autores en el campo de la economía social y solidaria. Uno de los intereses principales del libro es, justamente, sintetizar una buena parte de la reflexión reformadora más audaz, aunque no la más radical. A partir de esas contribuciones puede continuar la reflexión sobre una vía de salida de la crisis coherente, pertinente y viable. Hablar de “post-crisis” no puede significar, en efecto, un retorno al curso anterior de las economías y que todo se pondrá de nuevo en marcha sin proceder a cambios profundos. Algunos plantean esos cambios en términos de una reflexión sobre el “post-capitalismo”, en donde la imaginación debe hacer su trabajo, cuando menos parcialmente, a partir de lo que no existe.

En uno u otro caso, la imaginación tiene un papel central, como lo señala Celso Furtado:

“Las motivaciones del investigador son numerosas. La fundamental, sin embargo, es la confianza en la propia imaginación –y el saber explotarla. Esa confianza se traduce en la convicción de que es posible intuir una realidad de la que apenas se conoce un aspecto, a semejanza de lo que hace el paleontólogo. De este modo, el valor del trabajo del

investigador comporta la mezcla de dos ingredientes: imaginación y coraje para arriesgarse en la búsqueda de lo incierto... hacen ciencia quienes son capaces de ir más allá de ciertos límites.”³

Los textos reunidos por Jean-François Lisée y Éric Montpetit van en ese sentido: merecen ser leídos y debatidos.

³ Traducido por el autor de: Celso Furtado, *El Capitalismo Global*, Fondo De Cultura Económica, México 1998.